

**EL DEMONIO DE LA HOMOSEXUALIDAD
EN EL MONACATO EGIPCIO**

Ramón Teja
Universidad de Cantabria

“El discípulo de Apa Sisoes le preguntó: «Apa, tú ya te has hecho viejo. Vayamos, pues, a una zona habitada». El anciano le respondió: «Dónde no haya mujeres, allí iremos». Y el discípulo le dijo: «¿Y dónde hay un lugar sin mujeres, si no es el desierto? El anciano le respondió: «Llévame, entonces, al desierto»” (*Sisoes* 3).

“Había en Escete con Apa Pafnucio un hermano, y era tentado de fornicación y decía: «Incluso si tomase diez mujeres, no sería capaz de satisfacer mi ansia». El anciano le recomfortaba diciéndole: «No hijo, es una guerra de los demonios»” (*Pafnucio* 4).

“Contaban que un día el diablo fue a golpear a la puerta de un cenobio y vino un joven a abrirle. El demonio, al ver al joven dijo: «Si tu estás aquí no hay necesidad de mí»” (*Nau* 457).

Estos tres *Apotegmas*¹ creo que representan bien tres momentos de la historia del anacoretismo egipcio separados por apenas dos generaciones de monjes, el tiempo que va de mediados a finales del siglo IV d.C. El primer impulso que llevó a los monjes al desierto fue el hecho de que en el desierto no había mujeres. Para la mentalidad de los egipcios, el desierto había sido siempre la morada de los demonios, y el demonio suplió la ausencia de mujeres con la pasión y la fantasía. Pronto los monjes acudieron en masa al desierto y éste se llenó de hombres o, como dice otro *Apotegma*: “el desierto se hizo ciudad”, ciudad po-

¹ Los *Apothegmata Patrum* o *Sentencias de los Padres* es una colección anónima compilada quizá a finales del siglo V. Consta de dichos (*lógoi*) de los más famosos padres del desierto y de anécdotas (*érga*) sobre sus virtudes y milagros. Se ha conservado en diversas lenguas (griego, latín, siríaco, copto, armenio...) y bajo dos versiones: una *Alfabética*, agrupada por personas siguiendo el nombre de los diversos protagonistas y otra *Sistemática* en donde las sentencias y anécdotas se agrupan por materias. Se han conservado además un gran número de *Anónimos*. No existen ediciones críticas modernas de todas las colecciones. De la *Alfabética* la más accesible es la versión griega publicada por *Migne P.G.* 65, 71-440. J.Cl. Guy estuvo trabajando los últimos años de su vida en una edición crítica con traducción francesa para *Sources Chrétiennes* de la colección *Sistemática*. Se ha publicado el primer volumen póstumo (*S. Chr.* 387, París 1993). F. Nau emprendió en 1907 la publicación de la serie *Anónima* en la *Revue de l'Orient Chrétien* de los años 1907, 1908, 1909, 1912 y 1913, en base al manuscrito Coislin 126. Su numeración, a partir del 400, fue corregida y

blada sólo de hombres. A partir de entonces el hombre sustituyó al diablo y a las mujeres.

Esta presentación, si por un lado nos ha podido servir para iniciarnos en la literatura ascética de los *Apotegmas*, por otro pone de manifiesto lo absurdas que son algunas de las polémicas que se han producido en la historiografía moderna sobre la homosexualidad de los monjes egipcios. Fue principalmente E. Amélineau quien inició la polémica en el siglo pasado al presentar a los monjes egipcios como monstruos de lujuria: los monjes, dice, se entregaban a todo tipo de crímenes, especialmente la sodomía y la lujuria. Pero Amélineau pensaba sólo en los cenobitas del alto Egipto, los miembros de las comunidades fundadas por Pacomio y Schenoudi en Tabennesi y Atripe respectivamente, y admitía que la situación fue muy diferente en las colonias de anacoretas de Nitria y Escete en el bajo Egipto. Y es que el mejor erudito francés limitó su encuesta a las fuentes que mejor conocía, las *Vidas* de Pacomio y Schenoudi, y se dedicó a rastrear casos supuestos o reales de sodomía que podían deducirse de estas narraciones. Así llegó a la conclusión de que en Tabennesi la fornicación sacrílega fue reemplazada por la sodomía, “el crimen de Oriente de todas las épocas”. Fue este prejuicio sobre los egipcios y los orientales en general lo que condicionó los juicios de Amélineau: la raza, el clima, la rudeza natural de los egipcios determinaron que fuesen incapaces de vencer los instintos naturales. La raza egipcia nunca ha sido casta, siempre ha amado mucho los placeres sensuales y ha sabido encontrar para sus voluptuosidad todo tipo de refinamientos y excitantes... Sería sorprendente que con tales antecedentes raciales, con semejantes condiciones climatológicas, y bajo el ardor de una sangre que nunca han intentado moderar, los *fellahs* del Alto Egipto que se hicieron monjes, se convirtieran, a una con su carne y con Satanás, en modelos de virtud. Así pues, según E. Amélineau, fueron las condiciones raciales y ambientales las que predeterminaron que los monjes pacomianos cayesen masivamente en las tentaciones de la homosexualidad².

Estas ideas intentó refutarlas inmediatamente el gran especialista pacomiano P. Ladeuze, quien se esforzó por poner de manifiesto los prejuicios y la manipulación de las fuentes que habría llevado a cabo Amélineau. Apoyándose, al propio tiempo, en los juicios emitidos por los autores contemporáneos, concluye que los monjes egipcios fueron, en su gran mayoría, un modelo de virtud y que “le cénobitisme naissant ne mérite donc pas la note infamante qu'on lui a appliquée dans ces derniers temps”³.

No es nuestro propósito incidir aquí en este viejo debate sobre la moralidad de los primeros monjes egipcios, debate que ha estado condicionado por prejuicios ideológicos. Nos limitaremos a algo mucho más trivial, a constatar que los monjes eran hombres y que en cuanto tales experimentaban tentaciones y caían en ellas. Que las tentaciones eran de origen diabólico nadie lo ponía en duda, como no lo pone aun hoy en día la Iglesia. Todas las culturas, y el cristianismo en especial, han tendido siempre a la personificación del mal y lo han hecho en la persona del diablo o de un ser similar. La percepción judeo-cris-

completada por J.Cl. Guy: *Recherches sur la tradition grecque des Apotegmata Patrum*, Bruxelles 1962.

Siglas: Para mayor comodidad del lector citamos sólo la colección *Alfabética* y la *Anónima* de Nau con la numeración corregida por Guy tal como aparece en la edición italiana de la Comunidad de Bose. Para la *Historia Lausiaca* (H.L.) hemos seguido la edición de G. Bartelink, Fondazione Lorenzo Valla, Mondadori, 1974. De Cirilio de Escitópolis: *Historias Monásticas del desierto de Jerusalén*, hay traducción italiana a cargo de los monjes de la abadía de Praglia, Edizioni Scriti Monastici, 1990.

² E. Amélineau expuso estas ideas primeramente en su Prefacio a *Monuments pour servir à l'histoire de l'Égypte chrétienne au IV siècle. Histoire de Saint Pachôme et de ses communautés. Documents coptes et arabes inédits*, ADMG 17, París 1889. Las amplió y generalizó *Histoire des Monastères de la Basse-Egypte*, París 1894.

³ P. Ladeuze: *Etudes sur le cénobitisme pakhômien pendant le IV siècle et la première moitié du V*, Louvain-París 1898, especialmente el Apéndice: “La chasteté des moines pakhômien”, pp. 327-365.

tiana del diablo ha estado siempre estrechamente relacionada con el sexo, y esto adquirió un significado especial en los ambientes monásticos, pues el monacato surgió y se desarrolló contra el sexo y contra el diablo. Desde un planteamiento histórico, no se puede partir del principio de que el diablo existe realmente. Pero el historiador sí puede afirmar que los hombres y mujeres cristianos han actuado siempre como si el diablo existiese.

Nuestra encuesta se limitará a la literatura de los *Apotegmas*, pero echaremos, de cuando en cuando, una mirada a la rica y variada literatura ascética contemporánea. La literatura de los *Apotegmas* surgió y se desarrolló en las colonias monásticas del Bajo Egipto y es una de las mejores expresiones, no la única, de la espiritualidad ascética allí dominante. El ambiente y las formas que tomó esta corriente monástica fueron bastante diferentes de la forma cenobítica que contemporáneamente desarrollaron Pacomio y sus sucesores en el Alto Egipto. Siguiendo los pasos de algunos anacoretas ilustres como Antonio, a mediados del siglo IV se formaron en el desierto al Sur de Alejandría, en los lugares de Nitria, Escete, Las Celdas y otros, grandes colonias de anacoretas.

Pero conviene romper con algunos lugares comunes que presentan a estos hombres viviendo en un aislamiento total. Como ha puesto de relieve un gran conocedor de este monacato y de la literatura de los *Apotegmas*, el jesuita francés J.Cl. Guy, el anacoretismo integral fue practicado muy raramente y lo normal fue un semianacoretismo que se generalizó al mismo tiempo que se desarrolló el cenobitismo pacomiano⁴. Además muy pronto se implantó entre los anacoretas del Bajo Egipto la relación entre maestro y discípulo, entre anciano y joven, como forma de iniciación en la vida ascética. La literatura de los *Apotegmas* es la mejor expresión de este método de aprendizaje.

Aunque la literatura de los *Apotegmas* se compiló a lo largo del siglo V, haremos nuestra encuesta partiendo de un presupuesto que tiene una base histórica, pero que presupone una evolución ideal de estas colonias de anacoretas entre mediados del siglo IV y finales de ese siglo. Al comienzo los hombres van al desierto huyendo del mundo, pero se encuentran con que el diablo sustituye a la mujer, es decir adopta forma femenina. Después los desiertos se pueblan de monjes y cada monje tiene un discípulo. Es el momento en el que el hombre sustituye al diablo, podríamos decir que éste cambia de sexo. Con ello podremos explicar, como apartado final, porqué a finales del siglo IV y comienzos del V decayó y se degradó esta experiencia monástica egipcia, que, por lo demás, ha influido como modelo idealizado en todo el monacato posterior y en la literatura ascética que ha formado a generaciones de monjes desde la Antigüedad hasta nuestros días.

El diablo femenino

Los cristianos y, en especial, los monjes antiguos tenían una obsesión por el cuerpo y el sexo que hoy nos parecen patológicas. Aquellos que acudieron al desierto huyendo de las mujeres debieron sufrir una profunda decepción. Se encontraron con los demonios que, para su perdición, habían poblado el desierto de mujeres. La sexualidad de estos monjes está marcada por la angeología y la demonología, como pone bien de manifiesto este *Apotegma*:

“Estáte atento para evitar los pensamientos impuros y no pienses en ninguna mujer, aunque sea una santa... En efecto en el lecho, las imágenes de la mujer acompañan al

⁴ J.Cl. Guy: “Les Apotegmata Patrum”, en *Théologie de la vie monastique*, 1971, p. 75.

monje, pero los ángeles permanecen al lado y están expresamente encargados de hacer guardia junto a él, y así cuando de día o de noche tu corazón te dice: «¡Levántate, reza!», sabe que es el ángel que está junto a ti y reza contigo y expulsa lejos los demonios que rechinan los dientes contra ti” (*Nau* 592/45).

El diablo asedia y acosa a los monjes, presentándoseles bajo la forma de mujer de tez blanca, cabellos rubios y ojos verdes generalmente; pues también a los egipcios les atraía la belleza exótica y el monje lucha con la plegaria y el ayuno. A veces inútilmente. Cualquier huella, cualquier olor era capaz de excitar su lujuria, pues la fantasía suplía con creces la realidad:

“Contaban de un anciano que mientras caminaba encontró en el suelo la pisada de una mujer y la borró diciendo: «No vaya a ser que un hermano la vea y tenga que ponerse a luchar»” (*Nau* 430).

Cuando la oración y el ayuno no bastaban debían recurrir a los más variados expedientes para aplacar la pasión. Evagrio Póntico, quizá el más intelectual y equilibrado de los anacoretas que conocemos, después de haber pasado diecisiete años en el desierto, seguía siendo tentado por el demonio de la lujuria y una noche de invierno permaneció desnudo dentro de un pozo hasta que sus miembros se le congelaron (*H.L.* 38, 11). Otro monje, llamado Pacón, se sirvió de una serpiente que acercó a sus genitales (*H.L.* 23,5). Ammonio, uno de los Hermanos Largos, que formaba parte del círculo de intelectuales liderado por Evagrio, cuando tenía tentaciones se aplicaba un hierro encendido por lo que tenía los genitales cubiertos de llagas (*H.L.* 11,4). Otros recurrían a medios menos traumáticos, pero no menos patológicos, como aquel que sumergió su túnica en la carne putrefacta de una mujer muerta para expulsar con su hedor todo mal pensamiento, o aquel otro que daba a su discípulo este consejo:

“Si en el lugar donde habitas hay sepulcros, bésalos continuamente y medita sobre aquellos que allí yacen, sobre todo si sufres tentaciones en la carne” (*Nau* 592/51).

Pero no siempre estos remedios eran eficaces, o no se aplicaban adecuadamente. Aquel monje que citábamos al principio y que se sentía incapaz de saciarse con diez mujeres, terminó vencido por el demonio, pues abandonó el desierto, volvió al poblado, y se casó. Cuando una joven egipcia quedaba embarazada fuera del matrimonio se convirtió en un recurso fácil en las aldeas egipcias aducir que se había alejado un poco del poblado y un anacoreta la había violado. Y es que la sexualidad de las mujeres egipcias no tenía nada que envidiar a la de los hombres. Al menos eso es lo que se desprende de esta simpática anécdota que se nos cuenta de Daniel de Escete y discípulo:

“Habiendo llegado a Hermópolis, Daniel dijo a su discípulo: «Vete a golpear a la puerta de aquel monasterio de monjas». Había, en efecto, allí un monasterio femenino, llamado del abad Jeremías, y habitaban en él trescientas monjas. Su discípulo golpeó en la puerta. La portera con voz gentil le dijo: «¡Bienvenido! ¿Qué deseas?». Él dijo: «Llámame a la madre abadesa, deseo hablarla». Pero la portera respondió: «No recibe nunca a nadie; dime qué es lo que quieres y se lo comunicaré». Dile: «Hay un monje que quiere hablarte». La monja fue a comunicárselo. Vino la higúmena y dijo gentilmente al hermano: «La madre me ha enviado a preguntarte: ¿Qué quieres?». El hermano respondió: «Que tengáis la caridad de dejarnos dormir aquí, a mí y a un anciano, porque es ya de noche y no vaya a suceder que las bestias feroces nos devoren». Le respondió la madre: «Aquí nunca ha en-

trado ningún hombre. Es mejor que seáis devorados por las bestias feroces que están fuera, que no por las bestias que habitan aquí dentro» (*Nau* 596/7).

El demonio masculino

El desierto, lugar ideal para alejarse del mundo y de las mujeres, se llenó pronto de hombres y de jóvenes. El diablo no tiene ahora que esforzarse para travestirse de mujer o para desarrollar las fantasías eróticas del monje. En este punto me parece apropiado recordar unas palabras de Iván dirigidas a Alesia en *Los hermanos Karamazov* de F. Dostoyesky: "Yo pienso que si el diablo no existe, es decir, si lo ha creado el hombre, lo ha creado a su propia imagen y semejanza". El monje se encuentra ahora con el diablo en forma de hombre conviviendo en su propia celda y pronto se empezó a cuestionar por algunos la costumbre de que los jóvenes se iniciasen en la vida ascética siguiendo los pasos de los ancianos: "No es Dios quien lleva a los jóvenes al desierto, sino Satanás para traer la perdición a aquellos que quieren vivir en el temor de Dios", es una de las máximas que se nos han transmitido (*Nau* 458). "Para los monjes, los jóvenes, más que las mujeres, son un lazo del diablo" dice otro *Apotegma* (*Nau* 544), queriendo indicar, pensamos, no que el monje sintiese menos atracción por las mujeres que por los jóvenes, sino que a éstos los tenían al lado y era más fácil caer en la tentación homosexual que en la otra. El diablo puede ahora descansar porque su trabajo lo suplen los jóvenes: "Donde hay vino y jóvenes no se necesita a Satanás", dice otro *Apotegma* anónimo (*Nau* 545) que recuerda aquel otro que citábamos al comienzo.

La lectura de los *Apotegmas* sorprende por la naturalidad y ausencia de tabú con que el peligro de la homosexualidad es abordado en esta literatura popular en que no aparecen las huellas de la inhibición con que el sexo será abordado en la literatura ascética posterior, en especial la de tradición latina. Desde luego, la homosexualidad debía estar ampliamente extendida en la sociedad egipcia de la época, hasta el punto de que podía servir de argumento a las moralejas de los Padres, como ocurre en este *Apotegma* atribuido a Macario el Egipcio:

"Un día Apa Macario paseaba por Egipto junto con dos hermanos y escuchó a un niño que decía a su madre: «Madre, hay un rico que me ama y yo lo odio, y hay un miserable que me odia y yo lo amo». Al escucharlo, Apa Macario se maravilló, y le preguntan: «Padre, ¿qué cosa significan estas palabras que te has maravillado?». Y el anciano dijo: «Verdaderamente nuestro Señor es rico y nos ama y nosotros no queremos escucharlo, mientras el diablo, nuestro enemigo es un miserable y nos odia, y nosotros amamos la sordidez» (*Macario el Egipcio* 24).

Este hecho y la gran difusión que la homosexualidad debió alcanzar en las colonias de anacoretas determinan que un elevado número de *Apotegmas* aborden el tema bajo las formas más variadas. Se da por supuesto que el demonio se presenta en forma de hombre, a veces con los disfraces más extraños, como en esta anécdota del mismo Macario :

"El anciano observa el camino y he aquí que un día pasó por allí Satanás en forma de hombre: parecía que llevaba puesta una túnica de lino llena de agujeros y de los agujeros salían redomas. «¿Dónde vas?», le pregunto el anciano. Y él: «Voy a insinuar pensamientos en los hermanos». Y el anciano: «¿Y ¿porqué llevas estas redomas?». Y dijo: «Llevo golosinas a los hermanos» (*Macario el Egipcio* 3).

Cuando el diablo quiere forzar a Natanael a que abandone el total aislamiento que mantenía en su celda desde hacía treinta y siete años, la estratagema a que acude es pre-

sentarse en forma de niño de diez años que pide hospitalidad para no ser víctima de las hienas durante la noche en el desierto (*H.L.* 16,4). Los padres saben apreciar también la belleza física de los otros monjes como demuestra esta anécdota de Cronio:

“Apa Cronio dijo que Apa José de Pelusio había contado: «Cuando estaba en el Sinaí, había allí un hermano bueno y asceta, y también bello físicamente...»” (*Cronio* 5).

Del gran Pafnucio, el abad de Escete, Apa Eudemón contaba esta anécdota: “Acudí a él de joven, pero no me permitió que permaneciese allí. «No quiero, conmigo en Escete, dijo, un rostro femenino a causa de los ataques del enemigo»” (*Eudemón*). Parece algo natural en otro *Apotegma* que los demás monjes murmurasen del anacoreta Carión, que vivía en el desierto acompañado de su hijo Zacarías. El hijo, para evitarlo, se sumergió en un estanque de nitro deformando su cuerpo como el de un leproso (*Carión* 2). Con todo, es a este mismo Carión a quien se atribuye este dicho: “Un hombre que vive con un joven, si no es fuerte, cae; pero, incluso si es fuerte y no cae, no hace progresos” (*Carión* 3). La misma idea aparece en esta sentencia de Poemen: “Si un hombre tiene un joven que vive con él y atraído hacia él por una pasión del viejo hombre (*Ef.* 4,22) continúa teniéndole junto a sí, éste se asemeja a un hombre que tiene un campo comido por los gusanos” (*Poemen* 176). O en este otro dicho de Juan el Enano: “Aquel que se sacia y charla con un joven, en su mente ya ha fornicado con él” (*Juan el Enano* 4). Una historia de Macario el Egipcio resalta el mérito de dos jóvenes que vivieron juntos en la misma celda sin pecar, a pesar de que “los demonios venían como moscas sobre el más joven” (*Macario el Egipcio* 33). Las relaciones afectivas aparecen con toda naturalidad en este otro *Apotegma*: “Un hermano fue a visitar a uno de los padres que vivía en Taito y le dijo: «Apa, cuando envío al hermano que vive conmigo a hacer cualquier encargo, permanezco ansioso, sobre todo cuando se retrasa»” (*Nau* 522). Se dan consejos prácticos para evitar las tentaciones en la convivencia con los jóvenes: “Cuando el monje está con los hermanos debe estar siempre con la vista vuelta hacia el suelo y abstenerse totalmente de mirar de cara a un hombre, sobre todo si es joven” (*Nau* 533). Saben que el simple olor del manto del amado puede excitar la pasión (*Nau* 427). “Dominad a los jóvenes, si no queréis que sean ellos los que os dominen”, dice otra sentencia anónima (*Nau* 543). Y efectivamente son muchos los anacoretas ilustres a los que se ensalza por haber sabido hacer frente a las tentaciones derivadas del trato con sus discípulos. Así en este *Apotegma* del famoso Apa Teodoro:

“Un hermano vino a Apa Teodoro para que le enseñase a trenzar cuerdas y le llevó incluso la cuerda. El anciano le dijo: «Vete y vuelve mañana» y, levantándose, el anciano mojó la cuerda y le preparó la urdimbre diciendo: «Haz así y así». Después le dejó, entró en la celda y se sentó. A la hora de la comida, le preparó algo de comer, y después le despidió. El otro volvió a la mañana siguiente, y el anciano le dijo: «Toma tu cuerda y vete. Has venido para tentarme y crearme preocupaciones». Y no le volvió a dejar entrar” (*Teodoro de Ferme* 1).

Fue este también uno de los méritos que se alaban en Amoe:

“Contaban que el padre Amoe cuando iba a la iglesia quería que su discípulo no caminase a su lado, sino a distancia. Si se le acercaba para preguntarle sobre sus pensamientos, como acostumbraba a hacer solamente con él, le alejaba inmediatamente diciéndole: «No vaya a suceder que mientras hablamos de cosas útiles al alma, se insinúe cualquier palabra extraña; por eso no te permito permanecer cerca de mí»” (*Amoe* 1).

Cuál es el significado de la expresión “cualquier palabra extraña” se puede ver aclarado por esta otra historia de Ammonio:

“Contaban que una pequeña cantidad de cebada bastaba al padre Ammonio para dos meses. Se dirigió a él el padre Poemen y le dijo: «Si voy a la celda del vecino, o si éste viene a mí por cualquier motivo, debemos estar atentos a que no se insinúe en la conversación cualquier palabra extraña». «Haces bien, le dijo el anciano, porque la juventud tiene necesidad de vigilancia» (Ammonio 2).

Pero los jóvenes podían encontrarse en cualquier lugar y también en los cenobios. Todas las preocupaciones eran pocas por lo que pudiese suceder y lo sabía bien el anciano protagonista de este *Apotegma* anónimo:

“Contaban de un famoso anciano que fue a un cenobio y vio allí a un joven. Así pues, no quiso dormir en aquel lugar. Los hermanos que viajaban con él le preguntaron: «¿También tu tienes miedo, Apa?». Y él, respondió: «En realidad no tengo miedo, hijo, pero ¿qué necesidad hay de emprender una lucha a lo tonto?» (Nau 456).

Evidentemente ni vivir, ni viajar por el desierto era fácil para estos monjes y los cenobios no eran lugar seguro. Daniel de Escete y su discípulo debieron dormir a la intemperie por miedo a las mujeres; este anciano anónimo y sus compañeros por miedo a los jóvenes.

Los padres del desierto creyeron ingenuamente que educando a los futuros monjes desde niños sin que conociesen el sexo y las mujeres, éstos aprendices de monjes se verían libres de las pasiones que a ellos les mortificaban y no tendrían problemas para vencer al diablo de la carne. Partían del principio de que lo que no se conoce, no se desea, pero ignoraban los principios fundamentales de la naturaleza humana y lo único que consiguieron fue crear verdaderos imbéciles que, por estúpidos, se convertían en presa fácil del demonio. Veamos, si no, la historia que se nos narra en este *Apotegma* anónimo:

“Un anacoreta era virgen y casi desconocía las mujeres y qué cosa era la fornicación. Decía que el hombre tenía este miembro para hacer salir el agua, del mismo modo que la botella tiene el cuello para verter el agua. Y levantando los ojos, vio que los demonios le rodeaban como etíopes que excitaban en él la pasión. Estaba inflamado de una ardiente pasión, pero, a causa de su inexperiencia, no sabía cuál era el objeto de su deseo. Un día el demonio le mostró un hombre fornicando con una mujer, pero Dios, viendo que la maldad del demonio sobrepasaba todo límite, protegió al hermano y lo llevó a un anciano, el cual, tras haberle enseñado la manera de combatir a los demonios, lo despidió” (Nau 426).

Aunque, a veces, no se sabe si era más estúpido el hijo o el padre que quería iniciarle de esta forma en la vida ascética, como se desprende de esta otra historia:

“Se decía de un anciano que fue a Escete con su hijo, aún en edad del biberón, por lo que no sabía lo que era una mujer. Después, cuando se hizo hombre, los demonios le mostraron de noche las formas femeninas y él se lo contó a su padre, que se extrañó. Ahora bien, una vez que iba a Egipto con su padre, al ver a una mujer, le dijo a su padre: «Estas son las que vienen a mí de noche en Escete». Él le dijo: «Estos son monjes de las aldeas, hijo mío; en efecto, ellos tienen un aspecto diferente al de los eremitas». Y el viejo se extrañó de que incluso en Escete los demonios le hubiesen mostrado imágenes de mujeres” (Nau 171)

El diablo destruye el monacato egipcio

Evidentemente la sodomía fue un problema no pequeño entre los miembros de las colonias de anacoretas egipcios. ¿Se generalizó una mayor tolerancia hacia la fornicación sexual que hacia la heterosexual? No hemos encontrado en toda la literatura de la época ningún juicio sobre este tema, aunque hay un dicho de Apa Matoes que parece poner de relieve una cierta graduación de los pecados: “No cultivar la amistad con un joven, ni el conocimiento de una mujer, ni tener como amigo a un hereje” (*Matoes* 11). Además hay algunos *Apotegmas* de los que, si bien no de una manera expresa, parece desprenderse cierta tolerancia, como en éste sobre Juan el Persa:

“Vino un día un joven para ser liberado del demonio, y acudieron algunos hermanos de un cenobio de Egipto. Al salir, el anciano vio a un hermano pecar con un joven, pero no se lo reprochó, porque dijo para sí: «Si Dios que los ha creado, viéndoles no les quema, ¿quién soy yo para reprochárselo?»” (*Juan el Persa* 1).

Refleje o no tolerancia este *Apotegma*, lo que sí pone de manifiesto es la rapidez con que algunos caían en la tentación. En cualquier caso, ciertas evidencias se imponen. El monacato egipcio entró a finales del siglo IV en una rápida decadencia, tanto en su forma cenobítica fundada por Pacomio, como en su forma semianacorética practicada en los florecientes centros de Escete, Nitria y Las Celdas, en el Bajo Egipto. Decíamos al principio que no pretendíamos entrar en debates, sino contrastar las fuentes. Arrojemos un rápida mirada al caso de los cenobios pacomianos, sobre los que E. Amélineau vertió todas las acusaciones, al tiempo que excusaba a los eremitas del Bajo Egipto. Pero Amélineau se centró en un número muy limitado de fuentes, y además no las más significativas. Los defensores del cenobitismo pacomiano aducen que su decadencia se debió no a causas morales, sino económicas, al rápido enriquecimiento de estos monasterios. Pero ignoran las fuentes.

La *Regla* de Pacomio, la más antigua de las reglas monásticas que han existido, está llena de Preceptos para evitar tentaciones de sodomía, algunos tan curiosos y puntillosos como éste: “Nadie tenga por su cuenta una pequeña pinza para arrancar las espinas del pie, cuando por casualidad las haya pisado, excepto el prior de la casa y su segundo. Ésta estará colgada de la ventana donde se cuelgan los códices” (Precepto 82). Esta disposición adquiere todo su significado cotejada con otra posterior de la misma *Regla* que establece: “Nadie podrá extraer un espina del pie a otro, excepto el prior de la casa, o algún otro a quién le haya sido encomendado” (Pr. 96).

Que estas puntillosas disposiciones tenían por objeto evitar cualquier motivo para el contacto físico entre los miembros de la comunidad, ofrece pocas dudas. El contacto personal o la simple proximidad podía excitar la lujuria entre los miembros masculinos de estos primitivos cenobios y el legislador desarrolla toda su simple y primitiva capacidad normativa para evitar cualquier tentación de pecado: “Nadie podrá lavar o hungir a otro sin haber recibido la orden” (Pr. 93). “Nadie hablará con otro en la oscuridad” (Pr. 94). “Nadie duerma en la estera con otro. Nadie coja la mano de otro, sino que, bien sea de pie, bien caminando o sentados, se conservará siempre la distancia de un codo entre uno y otro” (Pr. 95). Viene a continuación la citada norma sobre la extracción de espinas de los pies. Otras varias disposiciones dispersas a lo largo de la *Regla* establecen precisiones en el mismo sentido: “Nadie duerma en una celda cerrada con llave, ni tenga una celda que se pueda cerrar con llave, a no ser que el padre del monasterio se lo haya consentido por motivos de edad o de enfermedad” (Pr. 107). “Sin permiso del padre, nadie tenga la osadía de entrar en otra celda” (Pr. 112).

dijo: «¿Cómo estas seguro?». El otro dijo: «Me he fijado bien, padre, y he visto que tiene los dos ojos». Entonces el anciano dijo: «¿Y por qué no haces un tesoro del precepto que dice 'No levantar tu ojo hacia la mujer, no dejarte atraer por sus miradas?' (cf. *Prov.* 9,18; 6,25). Ardiente es la pasión que nace de una mirada indiscreta. Créeme: a partir de hoy tú no permanecerás más conmigo en la celda, porque no sabes guardar tus ojos como se debe». Lo envió entonces al *Castellium* y, cuando había pasado allí un tiempo bastante largo y había aprendido a ejercer completa vigilancia sobre sus ojos y su espíritu, le recibió en la Laura haciéndole habitar en una celda" (*Vida* 47).

La literatura ascética a la que hemos dedicado nuestra encuesta es muy poco especulativa. Se limita a transmitir consejos sacados de la experiencia cotidiana. El diablo adopta muchas formas externas. Puede cambiar de aspecto según su voluntad y para engañar puede aparecer como bella muchacha, como joven atractivo o como ángel de luz. Los análisis psicológicos son rudimentarios y no aparecen aún las especulaciones que serán típicas de la literatura ascético-mística bizantina posterior. Hesiquio el Presbítero, un tratadista de los siglos VIII-IX, afirmará rotundamente que al diablo le falta la densidad de los cuerpos físicos, pues es sólo un intelecto sin cuerpo y únicamente puede engañar sirviéndose de *phantástai* y *logismoí* (*Sobre la vigilancia* 2 y 173). Esto es mera elucubración. Los padres del desierto y los primeros legisladores monásticos tuvieron que enfrentarse a diablillos imberbes que tenían toda la densidad de los cuerpos físicos.